

do de estos sentimientos, y adulábala en su pasión.

Vuestra hija es la única obra
Que la naturaleza ha concluido,
En las demas ha soñado.
Así la tierra es demasiado pequeña
Para hallar en ella quien la merezca.

La madre ofendida fué sorda á este arrepentimiento de París, y prolongó hasta la primavera su estancia en las Rocas ejercitándose por la reflexión y la lectura en pasarse sin el mundo. Ocupábase en rehacer su fortuna y embellecer su morada.

«He dispuesto plantar, dice en una de sus cartas, infinidad de arbustos, y un laberinto de donde no se saldrá sin el hilo de Ariadna. He comprado también muchos pedazos de tierra á los que he dicho, según mi manera acostumbrada: *Os hago parques*, de suerte que he entendido mis jardines y mis paseos, sin que me haya costado mucho.

XI.

A su vuelta á París, después de la corta campaña de Luis XIV en el Franco Condado, halló al rey ostentando escandalosamente en Compiègne y en París, sin respeto á la joven reina, sus amores mal estinguídos con la señorita de la Valliere, Mad. de Monaco y la de Montespan, legitimando por actos públicos los hijos que tenía de sus favoritas, haciendo registrar de una manera desvergonzada en el parlamento el título de duquesa que confería á la una, quitando la otra á su marido y librándose de las murmuraciones de Mr. de Montespan destruyéndolo al fondo de la Francia; pero la divinidad del rey se había hecho dogma tan incrustado en el servilismo de los cortesanos, que hasta las insolencias del rey contra las leyes, las costumbres, la religión y el matrimonio parecían reales y á las cuales, aunque con vergüenza, prestaba adoración la corte.

Por mas que Mad. de Sévigné fuese, según dos versos italianos de Ménage:

Donna bella, gentil, cortese e saggia,
Di castità, di fede e d'amor tempio;

es decir, muger perfecta de belleza, de amabilidad y de virtud, cuya alma era un santuario de castidad, de fé y de puro amor, «la corrupción del ejemplo venia de tan alto, y el vicio se confundía de tal modo con la magestad que no se muestra en sus cartas tan escandalizada como era pura.

Durante esos largos años de depravacion

pública, continuó siguiendo á su hija en las fiestas de la corte, solo que reunió en torno suyo, como una muralla contra la licencia general de los espíritus y de las costumbres, un pequeño concilio de hombres y de mugeres que por su severidad formaban la escepcion de la época. Sus amigos mas íntimos eran entonces Mad. de Scudery, tia de la señorita de Scudery, viuda como Mad. de Sévigné á los treinta años; se había casado con un anciano á quien había amado, á pesar de su edad, y rehusaba contraer, como Mad. de Sévigné nuevos vínculos; Mad. de la Fayette, á quien su adhesión al duque de la Rochefoucauld tenía alejada de la corte, semejante á una censura muda; Mad. de Guénégaud, parienta y vecina de los Arnauld, en la casa de campo de Fresnes, cerca de Livry; en fin, los mismos Arnauld, los antiguos amigos de Fouquet y protectores de Pascal. Pasó el estío de 1667 gozando aquel aire sano y vivificador en la quinta de Fresnes.

«Es menester que os diga como estoy,» escribió á Mr. de Pomponne, miembro de aquella familia de los Arnauld y embajador en Suecia. «Tengo á Mr. de Andilly en mi mano izquierda, es decir, del lado de mi corazón; tengo á madama de la Fayette á mi derecha; á Mad. de Guénégaud delante de mí, que se divierte en embadurnar papel con sus dibujos; algo mas lejos Mad. de Motteville (autor de las memorias) que medita profundamente; nuestro tío de Cessac, á quien temo porque no le conozco; Mad. de Caderousse, su hermana, que es un fruto puevo que no conocéis, y la señorita de Sévigné sobre todo, yendo y viniendo de un lado para otro por el gabinete como una abispa; estoy segura de que esta compañía os agradaría como á mí.»

Este retrato de familia unia en sus personajes al siglo viejo con el nuevo. El jefe de la familia de los Arnauld de Andilly, que frisaría en los ochenta años, había visto á Richelieu, Mazarino, las tempestades y transformaciones de los últimos reinados, y escribía en su verde vejez las memorias que han servido de materiales á nuestra historia.

El 29 de abril escribía ella desde Livry:

«He hecho un bonito viage. Ayer salí muy temprano de París, fui á comer á casa de Pomponne, encontré allí á nuestro buen Arnauld que me esperaba; hubiera sentido no poder decirle adios. Hallé en él cierto incremento de santidad que me asombró; cuanto mas se acerca á la muerte mas se purifica. Me riñó mucho, y arrebatado de celo y amistad hacía mí, me dijo que era una locura el que yo no pensase en convertirme; que era toda una pagana, que hacia de vos un idolo en mi corazón, que esta especie de idolatría era tan peligrosa como cualquiera otra, aunque me pareciese menos criminal, que en fin pensara en mí, y todo esto me lo dijo en tal tono de seriedad que no acerté á contestar una pala-

bra. En fin, al cabo de seis horas de conversacion muy agradable, le dejé y vine aquí, donde he hallado todo el triunfo del mes de mayo; el ruiseñor, el cuclillo, la alondra, que han abierto la primavera en el bosque; toda la tarde me he paseado sola; y he encontrado aquí mis tristes pensamientos; pero no quiero ya hablaros de ellos. He destinado parte de esta tarde á escribiros en el jardín, donde estoy aturdida con tres ó cuatro ruiseñores que están encima de mi cabeza. Esta noche me vuelvo á París para hacer un paquete y enviároslo.»

Mad. de la Fayette, versada como un erudito en las lenguas clásicas, y que comentaba á Horacio y Virgilio, escribía al mismo tiempo sus primeras novelas francesas, palpitantes con todas las emanaciones de un corazón que descansa después de haber amado; deploraba en aquel momento la ausencia de su amigo, el duque de la Rochefoucauld, que servía, aunque enfermo, como voluntario en el sitio de Lille. Mad. de Motteville, esa confidenta de Ana de Austria, importuna al rey, cuyos vicios había censurado con demasiada franqueza, se había retirado después de la muerte de la reina madre, y escribía en silencio sus memorias, con la autoridad de una muger que lo ha visto todo, aunque con las reticencias de una confidenta que sabe callar.

Mad. de Guénégaud pintaba con un talento que rivalizaba con los grandes maestros de la época. Sus cuadros, colgados junto á los del Pussino, adornaban la capilla y la galería de la casa de campo de Fresnes. Las conversaciones rodaban sobre las victorias del rey en Flandes, sobre las obras maestras del *Misántropo*, del *Cid* y de *Andrómaca*, con que Molière, Corneille y Racine ilustraban aquel año la escena. Los jueces erau dignos de aquellos juegos del ingenio.

XIII.

La paz de Aquisgran y la construcción de Versalles y las fiestas que el rey dió allí á Madama de Montespan, medio oculta todavía, pero ya reina de su corazón, llamaron á Madama de Sévigné y á su hija á París y asistieron á esas fiestas de 1668, cuya descripción traslada la imaginación á las hechicerías del lujo. La señorita de Sévigné, sentada á la mesa del rey, en medio de trescientas mugeres ávidas de sus miradas, las eclipsó á todas. El rey pareció deslumbrado, y los cortesanos que adivinaban los gustos y caprichos del monarca, prodigaron las muestras de idolatría para el nuevo idolo. El duque de la Feuillade, favorito á quien Mad. de Montespan hacia sombra, fomentó en el corazón del rey una inclinación que se creyó columbrar hacia la señorita de Sévi-

gné, difundióse el rumor de que esta había conquistado el favor del monarca y tan corrompido estaba el siglo que no se supuso siquiera una resistencia. Bussy, el amigo de la madre, el protector nato de la hija, el caballero tan engreído con su nacimiento y sus grados, se felicitó públicamente en sus cartas del vergonzoso favor de su joven prima, pero se engañaba: el rey había disimulado bajo su atención fingida á la señorita de Sévigné su pasión verdadera por Mad. de Montespan.

Este falso favor no sirvió felizmente sino para hacer la fortuna del hijo de Mad. de Sévigné. Este joven dotado de todo el valor de su padre y de todas las gracias de su madre, no ocupaba en el corazón de Mad. de Sévigné sino el poco hueco que dejaba en él su hija. Las grandes pasiones no consienten división. Esta madre le amaba, pero con la negligencia de un corazón demasiado lleno de otro sentimiento esclusivo. El baron de Sévigné, de carácter bondadoso, toleraba sin envidia esta negligencia de sentimiento de su madre hacia él y se colocaba voluntariamente en segundo lugar en su corazón; sea amor para aquella madre, en quien amaba hasta la injusticia, sea costumbre tomada desde muy niño de no ocupar en la familia sino un rango querido, pero subalterno, sea admiración por aquella hermana que había acostumbrado desde su cuna á todos los familiares de Mad. de Sévigné al entusiasmo, se acomodaba con gusto á este segundo lugar, siendo el cortesano mas que el hijo y el hermano de su madre y de su hermana. Distraía é interesaba á esta madre mas que la apasionaba. Ella sin embargo pensaba en su fortuna militar. Su educación fuerte y literaria bajo los cuidados de una madre tan superior le colocaba al nivel de toda la juventud de su edad. Tenía veinte años y esperaba una ocasión de distinguirse y recomendarse á la atención del rey. Esta ocasión no tardó en presentarse.

Hacia veinte y cuatro años que los turcos sitiaban la capital de Creta, Candia, defendida por los venecianos. La antigua alianza de Francia y la Turquía para hacer contrapeso á la casa de Austria, impedía á Luis XIV socorrer á los venecianos; por otro lado la antipatía religiosa de los cristianos contra los musulmanes hacia avergonzar al rey cristianismo de dejar sucumbir el último baluarte del cristianismo en el Mediterráneo sin levantar el brazo para defender la cruz, casi abatida delante de sus ojos. Era preciso conciliar la deferencia hacia el papa con su política, y no se presentaba mas que un subterfugio, indigno á la vez del político y del cristiano. El embarazo de conciencia le obligó á adoptarlo. Al mismo tiempo que continuó declarando amistad á los turcos, autorizó al duque de la Feuillade, su favorito, á levantar un cuerpo de caballeros voluntarios, que no tendrían otra bandera mas que la de la cruz y que iban á pelear contra los otomanos. La nobleza francesa se arrojó con la impetuosidad de

su valor en aquella expedicion de aventureros. Los d'Aubusson, parientes del héroe de Rodas, los Langeron, los Beauveau, los Fenelon, los Créqui, los la Rochejacquelin, los Xaintrailes, los Saint-Paul, los Gramont, los Chateau-Thierry y los Chamborant, se alistaron en esta cruzada. Turena, amigo y admirador de Mad. de Sévigné, aconsejó á su hijo que comenzase su carrera militar por esta campaña sobre la cual la religion y la distancia derramaría el prestigio que cubre siempre las cosas de Oriente. El duque de la Rochefoucauld dió á Mad. de Sévigné el mismo consejo. El jóven conde de Saint-Paul, hijo encantador de la hermosa duquesa de Longueville y de quien el duque de la Rochefoucauld pasaba por padre, levantaba un escuadron de ciento cincuenta jóvenes nobles, ganosos de empresas y de gloria. El baron de Sévigné partió con el conde de Saint-Paul. Los franceses mostraron en esa campaña un valor que honró su nombre; pero con una jaclancia, insubordinacion é impaciencia que perdieron la ciudad. Perecieron casi todos en las salidas imprudentes cuanto arrojadas contra un ejército de turcos. Los venecianos les echaron en cara su fogosidad y ellos por su parte censuraron á los venecianos su prudencia; diezmos por el sable de los otomanos, dejaron la playa de Candia, cubierta de cadáveres de sus gefes, y los que sobrevivieron se embarcaron antes de caer la plaza, dejando á la isla de Creta deplorar el funesto socorro que le habian llevado y que su inconstancia habia convertido en ruina.

XIV.

La partida de su hijo para una expedicion tan caprichosamente concebida y tan caprichosamente abandonada costó algunas lágrimas á Mad. de Sévigné; pero estas lágrimas fueron pronto secadas por una sonrisa de su hija. Nada faltaba profundamente á su corazon mientras le quedase su hija. Su ternura misma tiene un acento ligero cuando habla á sus amigos de esa ausencia de su hijo.

«Creo que ignorais, escribe, que mi hijo ha ido á Candia con el duque de la Feuillade y el conde de Saint-Paul; le ha asaltado fuertemente este capricho; ha hablado de él al cardenal de Retz, á Mr. de Turena, y á Mr. de la Rochefoucauld. ¡Mirad que personajes! He llorado amargamente, estoy profundamente afligida; no tendré un momento de reposo durante todo ese viage; veo todos sus peligros; estoy muerta; pero no he podido evitarlo, porque en semejantes ocasiones las madres no tenemos muchos votos en el capitulo.»

Quando se compara esta ligera mencion de la partida de su hijo para una campaña en que

el heróico heredero de Sévigné iba á arrostrar el hierro, el fuego y la mar, sin grandes probabilidades de volver, con las esplosiones de lágrimas, de ansiedad y desesperacion de la misma muger al emprender su hija el menor viage á provincia en un dia de lluvia, se tiene la medida del sentimiento de aquella madre para su hijo y su hija. Y sin embargo aquel hijo merecia mas de tal madre. Al partir para la isla de Creta habia dejado á Mad. de Sévigné su firma en blanco para consentir en todas las ventajas de fortuna que le conviniese hacer á su hermana en las estipulaciones matrimoniales que pudieran intervenir en su ausencia.

La hora deseada y temida que iba á separar á la hija de su madre sonó al fin. El conde de Grignan, teniente general del rey en Languedoc, caballero ilustre de provincia, de unos cuarenta años de edad, ya dos veces viudo, de instruccion mas sólida que vasta, de figura mas fea que atractiva, y de carácter mas ambicioso que seductor, casó el 29 de enero de 1669 con la señorita de Sévigné. La madre, al elegir á Mr. de Grignan con preferencia á un yerno mas jóven, cuyo corazon no hubiese llevado la huella de dos uniones y el luto de dos esposas, no tuvo indudablemente otro objeto que conservar á su hija en París. Lisonjeábase que Mr. de Grignan, cortesano estimado del rey, cambiaria su plaza en Languedo por otra en la corte, segun le habian prometido. La señorita de Sévigné cedió por obediencia y por cansancio de esperar mas que por inclinacion. Su tibieza natural no necesitaba de amor en el matrimonio; su madre la habia hartado de adoracion; todo fué conveniencia, cálculo y fria razon en el consentimiento que dió para aquel matrimonio. Véase con que astucia de instinto natural le oculta Mad. de Sévigné y se oculta á si misma todas las desigualdades en sus cartas á sus amigos.

«Es necesario que sepais que la mas linda muchacha de Francia, no el mas lindo mancebo, sino uno de los hombres mas honrados del reino. Todas sus mugeres han muerto para hacer lugar á mi hija, y hasta su padre y su hijo por una bondad extraordinaria; de suerte que siendo mas rico que jamás lo ha sido, y hallándose por otra parte, por su nacimiento, por sus matrimonios y por sus buenas cualidades, tal como podíamos deseárselo, no lo requeatearemos, como se acostumbra á hacer, y nos fiaremos de las dos familias que han pasado antes que nosotros. El público parecerá contento, y esto es mucho... El tiene bienes, excelentes cualidades, un destino, estimacion y consideracion en el mundo; ¿qué mas se necesita? Yo opino que hemos salido bien librados.»

Se ve por estas alusiones burlescas y casi crueles á la doble y feliz viudez de Mr. de Grignan, á la muerte complaciente de su padre y de su hijo único, que su alegría de haber hallado un marido segun sus designios triunfaba

hasta de la decencia de las espresiones; pero leyendo su correspondencia se percibe cada vezmas que el talento estaba en mayor proporcion que el sentimiento en su naturaleza; y que á escepcion de su hija todo era ligero á sus emociones.

XV.

Los primeros meses de matrimonio de madama de Grignan correspondieron en efecto á las esperanzas que habia tenido Mad. de Sévigné de no separarse jamás de su hija. Destrozáronse en aquel apacible retiro de Livry, que recordaba á Mad. de Sévigné sus mas hermosos dias de juventud, abrigando tambien los mas hermosos dias de su madurez. Todo lo que escribe de Livry, durante y despues de su estancia en él, respira la paz, la sombra y el recogimiento de aquellos bosques. Una sola amargura envenenó para ella tanta felicidad. Un caballo fogoso tiró á la vista de la jóven condesa de Grignan al hermano menor de su marido. Mad. de Grignan estaba en cinta, con el susto cayó al suelo desmayada y se lastimó. Esta sensibilidad muy natural ante la desgracia de un cuñado á quien ella amaba, fué interpretada por la calumnia como la prueba de una preferencia criminal de la condesa para el mas hermoso, el mas jóven y el mas amable de los Grignan. El mundo resonó con estas sospechas; los poetas las consignaron en sus epigramas; las mugeres, envidiosas de la hermosura y de la virtud de otra muger, las llevaron hasta los oídos del rey. Atacada Mad. de Sévigné en lo que tenia de mas vulnerable, la reputacion de su hija, se quejó al duque de la Rochefoucauld y al principe de Condé, que tomaron á su cargo confundir aquella calumnia; pero quedó la cicatriz en el corazon de Mad. de Sévigné, y su sentimiento contra los que habian propalado aquel rumor, no se amortiguó jamás. Este resentimiento, que procedia de su ternura, fué inagotable.

«Fui á casa de Mad. de la Fayette, escribe á su hija; allí vino Mr. de la Rochefoucauld; no se habló mas que de tí, de la razon que yo tenia para estar afectada y del designio de hablar como corresponde á Mellusina (madama de Marans). Te respondo de que recibirá un buen tapaboca. D'Hacqueville sabrá darte buena cuenta de este negocio...»

«El asunto de Mellusina está en las manos de Langlade, despues de haber pasado por las de Mr. de la Rochefoucauld y D'Hacqueville. Te aseguro que está bien confundida y altamente despreciada por cuantos tienen el honor de conocerla.»

Una desgracia mas positiva la amenazaba. Aquel yerno á quien habia sacrificado tantas conveniencias con la única esperanza de tenerlo en París, no pudo conseguir un destino en la corte y fué nombrado teniente general del rey ó vice-gobernador de Provenza. Este cargo exigia que Mr. de Grignan residiese en su gobierno, y no poco trabajo costó á Mad. de Sévigné lograr de su yerno que dejase á su hija á su lado hasta que saliera del estado en que se hallaba. Mad. de Grignan dió á luz una hija que se llamó la señorita de Adhemar, la cual prometia los encantos de su madre y el talento de su abuela, pero que por ambiciones crueles de familia fué sepultada en la flor de su belleza en un monasterio.

Se ve mas adelante que Mad. de Sévigné no pudo conservar en el mundo aquella primera hija; pero salvó del claustro á Paulina, que fué despues Mad. de Simiane. Es necesario oirla á ella misma; es necesario ver como multiplica sus esfuerzos y sus insinuaciones:

«Tu queridita (Maria Blanca, la señorita de Adhemar) me causa lástima al verla destinada á vivir en ese convento perdida para tí. Esperando una vocacion, no te atreverias á morir por temor de que se disipara. Esa niña tiene un espíritu apocado y envidioso, muy apropiado para devorarse...»

«Pobre niña! que feliz sería si estuviese contenta. Asi será sin duda; pero ya me entiendes!»

Pocos años despues, con motivo de su segunda hija Paulina, escribió:

«Ama, ama á Paulina; date esta distraccion; no te martirices en privarte de esa niña, ¿qué temes? No dejarás de encerrarla en un convento dentro de algunos años cuando lo juzgues necesario. Gusta, gusta un poco el amor materno; no puede menos de ser delicioso cuando es una eleccion del corazon y esta eleccion recae sobre una criatura amable. Desde aquí veo á esa niña; se te parecerá bastante. Verdad es que esa nariz la afea un poco; pero ya se le arreglará, y yo te respondo de que Paulina será bella.»

«Se como reciben á Mr. de Grignan en Provenza. Le recomiendo á Paulina y le suplico que la defienda contra tu filosofia. No os priveis ambos de ese dulce recreo: ¡ay! ¿por ventura nos dan á escoger con tanta frecuencia los placeres? Cuando tenemos bajo nuestra mano algo de inocente y natural, creoque no debemos cometer la crueldad de privarnos de ello. Otra vez cauto: ama, ama á Paulina, ama su incomparable gracia.»

«Pero hablemos de Paulina, la amable y linda criatura. Estoy admirada de que no se haya vuelto torta y fisgona en ese convento. ¡Ah! que bien has hecho en sacarla de él.»

»Guárdala, hija mia, no te prives de ese placer; la Providencia cuidará de ella. Te aconsejo que no dejes de amarla, cuando tengas que casarla en Bearn.»

«Dime si vas á separar á Paulina de tu lado; esa niña es un prodigio; su talento es su dote. Yo la llevaré siempre conmigo, será mi delicia y me guardaré muy bien de encerrarla en el convento con su hermana. En fin, como es extraordinaria, la trataré extraordinariamente.»

«Jamás te causará embarazo ni molestia esa niña; al contrario podrá serte útil; en fin, yo en tu lugar gozaria de ella y por nada de este mundo me daría el martirio de privarme de este consuelo.»

XVI.

Nos ha parecido necesaria esta digresion para demostrar la protesta del corazon de madama de Sévigné contra esa costumbre bárbara que sacrificaba las hijas á la fortuna del hijo. Volvamos á tomar el hilo de nuestra narracion que dejamos interrumpida al separarse Mad. de Sévigné de Mad. de Grignan.

El estremecimiento de corazon de Madama de Sévigné al acercarse el instante en que tenia que entregar su hija á su yerno, se apoderó de ella al dia siguiente del parto de Mad. de Grignan. El dolor la hace por primera vez elocuente; sus cartas á Mr. de Grignan no son ya conversaciones y anécdotas, sino súplicas y alegatos. Le disputa uno á uno las semanas, los dias, las horas; todos los pretextos son razones para aplazar esa fatal partida; siente que le van á arrancar el alma y sufre la agonía de la separacion. Estas cartas palpitan, que man ó están aterecidas como la piel. La puerilidad se hace en ellas patética; se agarra á todo como el que se ahoga, hasta á la lluvia que cae y al viento que sopla.

«Os confieso que el mal tiempo es la causa de que me oponga á su partida durante algunos dias. No pretendo que evite el frio, ni los dolores, ni las molestias del viage; pero no quiero que se ahogue. Esta razon aunque muy fuerte no la retendría ahora á no ser por el coadjutor que marcha con ella y que está comprometida á casar á su prima d'Harcourt. Esta ceremonia se verifica en el Louvre. Mr. de Lyonne es el procurador; el rey le ha hablado.... Seria extraño que se marchase sola y tiene tanto gusto en ir con su cuñado que haré todos mis esfuerzos para que no se separen. Entretanto cesarán las lluvias; quiero decirles ademas que no siento el placer de tenerla ahora á mi lado; lo que ella hace aqui no consiste mas que en cumplir con sus deberes y sus faenas domésticas; no tenemos dis-

traccion ninguna; nuestro corazon está siempre oprimido; no oimos hablar de otra cosa que de caminos, de lluvias y de las historias trágicas de los que se aventuran á viajar. En una palabra, aunque yo la amo, como sabeis, el estado en que nos hallamos ahora nos pesa y nos fastidia; estos últimos dias no tienen nada de agradable. Os doy gracias por la lástima que os inspiro; mejor que otro cualquiera podeis comprender lo que sufro y lo que voy á sufrir.»

Al dia siguiente nuevo obstáculo.

«Las lluvias han sido y son todavía tan excesivas, que seria una locura esponerse; todos los rios están desbordados, los caminos inundados y cubiertos de aguas todos los vados; en fin la cosa ha llegado al punto de que madama de Rochefort que se halla en su casa de campo, que está deseando volver á Paris, donde su marido y su madre la esperan con impaciencia increíble, no puede ponerse en camino, porque no hay seguridad; verdad es que este invierno ha sido espantoso; no ha helado un instante, pero ha llovido todos los dias á torrentes como lluvias de tempestad; no pasa ya ningun barco por debajo de los puentes; los arcos del puente nuevo están casi cegados; en fin es una cosa extraordinaria.»

Al fin llega el dia, se consuma el adios postrero; es necesario asistir dentro del corazon á esos duros momentos. No es posible formarse una idea de las angustias crueles que precedieron y siguieron á aquella separacion. Aun no habia llegado á las barreras de Paris el coche de la hija, cuando ya la madre se sienta para escribirla, esperando unirse á ella por lo menos con el pensamiento. Se ve tambien que medio sofoca sus sollozos para no hacerse demasiado importuna á la que ama. Esta primera carta despues de la partida tiene el desorden de un alma en que el dolor, como en una estancia vacía, no ha arreglado todavía los vestigios esparcidos de una mudanza.

«¡Ay! mi dolor seria muy débil si pudiera pintártelo, así es que no emprenderé esta tarea. Por mas que busco á mi hija no la hallo, y todos los pasos que da la alejan de mí.... He ido á la capilla de Santa Maria, llorando, casi moribunda, pues me parecia que me arrancaban el corazon y el alma; en efecto, ¡qué ruda separacion! Pedí que me dejaran sola, me llevaron á la estancia de Mad. de Hous-suit, me encendieron lumbre, Inés me miraba sin hablar porque tal era nuestro convenio. Allí pasé hasta las cinco de la tarde sin dejar de sollozar; todos mis pensamientos me hacian daño. Escribí á Mr. de Grignan, ya puedes juzgar en qué tono; fui en seguida á casa de Mad. de la Fayette, que redobló mis dolores por el interés que se tomó por ellos; estaba sola y enferma y triste por la muerte de una hermana religiosa. Estaba como yo podia describirla. Mr. de la Rochefoucaud vino á verla; no se habló mas que de tí y de la razon que

me asistia para estar desconsolada... Los insomnios de la noche fueron crueles y por la mañana no habia adelantado ni un paso para el reposo de mi espíritu. La tarde se pasó en casa de Mad. de la Troche y en el Arsenal. Por la noche recibí tu carta que me volvió á mis primeros trasportes...»

XVII.

Y este dolor se alimenta y renueva con todo lo que recuerda la hija á la madre. Un mes despues, su casa, la escalera, la estancia donde se consumó el postrer adios, vuelven á abrir por todos sus sentidos todas sus heridas.

«Te aseguro, hija mia, le escribí entonces, que pienso en tí continuamente, y conozco todos los dias cuan exacto era lo que me decias; que es preciso no apoyarse en ciertos pensamientos; sino pasara por encima de ellos como sobre ascuas, estaria siempre llorando. No hay sitio en esta casa, que no medespedace el corazon. Tu habitacion toda me mata; he hecho poner en medio de ella un biombo para interrumpir la vista; una ventana de esta altura por donde te vi subir al coche de Hacqueville y te llamé la última vez, me causa miedo, cuando considero lo capaz que me sentia entonces de arrojarme por ella, porque pierdo el juicio algunas veces. Este gabinete, donde de abracé sin saber lo que hacia; ese convento de capuchinos á donde iba á oír misa; estas lágrimas que caen de mis ojos al suelo como agua que se vierte; Santa Maria, Mad. de la Fayette, mi vuelta á esta casa, tu habitacion, la noche, el dia siguiente, y tu primera carta, y todas las demas, y todos los dias y todas las conversaciones de los que entran en mis sentimientos, ese pobre de Hacqueville es el primero, no olvidaré jamás la lástima que tuvo de mí: he aquí pues el círculo en que me veo encerrada y de donde no acierto á salir; es necesario pasar corriendo sobre todo esto y tener mucho cuidado en no abandonarse á sus pensamientos y á los impulsos de su corazon; prefiero ocuparme en la vida que haces ahora. Esto me distrae, aunque sin alejarme de mi asunto y de mi objeto amado. Pienso, pues, en tí y deseo siempre tus cartas; cuando acabo de recibir una, quisiera tener ya otra. Ahora la espero, y continuaré esta carta cuando reciba noticias tuyas. Abuso de tí, querida mia; he querido anticipar hoy esta carta, porque mi corazon lo necesitaba: pero procuraré no hacer costumbre.»

XVIII.

Esta fijeza de mirada sobre el objeto desaparecido no se cansa y sigue á su hija en todo

el viage. Teme molestar y se esfuerza algunas veces por sonreír al través de las lágrimas. La menor muestra de ternura de su hija hacia ella la embriaga y le arranca un grito de alegría, una lisonja, una caricia; y quiere que la perdone su demasiado cariño aquella á quien molesta con tanto amor.

«Ya comprendes, hija mia, que por la manera con que escribes, es necesario que liore leyendo tu carta. Une á la ternura y á la inclinacion natural que tengo por tí la pequeña circunstancia de estar persuadida de que me amas, y juzga del exceso de mis sentimientos. ¡Picarilla! ¿por qué me ocultas algunas veces tan preciosos tesoros? ¿Temes que me muera de alegría? Pero ¿no temes tambien que me muera de tristeza si creo ver lo contrario? ¡A tu amigo Hacqueville pongo por testigo del estado en que me ha visto otras veces! Pero desechemos estos tristes recuerdos, y déjame gozar de un bien sin el cual es para mí dura y desagradable la vida. Estas no son palabras, son verdades; Mad. de Guénégaud me escribe diciéndome de que manera te ha visto por mí! Te suplico que conserves el fondo de esos sentimientos, pero nada de lágrimas, porque no te serán tan saludables como á mí! Ahora estoy bastante racional, me sostengo en caso de necesidad, y á veces paso cuatro ó cinco horas como cualquiera otro; pero la menor cosa me vuelve á sumergir en mi primer estado; un recuerdo, un lugar, una palabra, un pensamiento sobre lo pasado, tus cartas sobre todo, las mias tambien al escribirlas, alguno que me habla de tí, he aquí los escollos con que tropieza mi valor, y estos escollos abundan. Veo á Mad. de Villars, y me complazco en verla, porque participa de mis sentimientos; Mad. de la Fayette comprende tambien la ternura con que te amo y la conmueve la que tu me manifiestas. He visto á esa pobre madama Amyot, llora mucho, me reconozco en ella! ¡Ay! ¿De qué no me acuerdo? las cosas mas insignificantes me son queridas!»

A contar desde esta separacion comienza la verdadera obra de Mad. de Sévigné, la expansion de su vida comunicada en sus cartas á su hija. La correspondencia del talento es reemplazada por la del corazon; ella no tenia mas que el genio del agrado; pero bajo sus lágrimas brilla el genio de la ternura, no vive ya sino para escribir á su hija, y á fin de que la dulce asiduidad de sus cartas, necesidad cotidiana de su amor, no se haga una fastidiosa molestia de ternura eternamente repetida bajo su pluma, rebusca y espiga donde quiera, en sus detalles domésticos, en sus conversaciones, en sus lecturas, en sus meditaciones, en la corte, en la ciudad, en el ejército, y hasta en los escándalos de su siglo, todo lo aprovecha, á fin de que la perdonen su flujo de escribir. Se esfuerza por interesar y divertir, para que se le perdone su ternura. En esta fecha comienza tambien la historia epistolar del

siglo de Luis XIV; una muger oculta en la calle de *Tournelles*, ó en su retiro de las *Rocas* tiene sin saberlo la pluma de un secretario elegante de aquel reinado, al paso que Saint-Simon maneja la de Tácito de las córtes en la antecámara del delfín.

Singular destino de aquel reinado feliz en todo, haber sido escrito todo él en sus bastidores mas que en sus anales por una madre que trata de distraer á su hija y por un cortesano que se propone estigmatizar á sus rivales. Voltaire, en su *Historia del siglo de Luis XIV*, es menos histórico que sus dos ecos. Se puede afirmar que esta buena fortuna de haber tenido por analista involuntario á una madre tan entusiasta como Mad. de Sévigné y á un satírico tan apasionado como Saint-Simon, ha contribuido mucho al interés y á la fama de aquella gran época. La correspondencia privada de Mad. de Sévigné se convierte de pronto en crónica de España, donde en pocas líneas, en impresiones sucesivas, anécdotas, retratos, confidencias, medias palabras, reticencias, aplausos y murmullos, se ven pasar enteramente vivos los acontecimientos, los hombres, las mugeres, las glorias, el baldon y los dolores del siglo. En cada una de estas páginas hay un sello de la época que se ha hecho indeleble bajo la mano de aquella muger este es el cuadro de familia del siglo XVII, hallado bajo el polvo del castillo de Grignan para la última posteridad.

No se puede reducir, ni analizar, ni grabar semejante cuadro, es menester leerlo en rasgos esparcidos en dos mil cartas, y el pintor se confunde en él de tal modo con las figuras, que estudiando el siglo se contrae forzosamente amistad con el escritor, siendo imposible quitar del cuadro á Mad. de Sévigné sin rasgar el lienzo y sin que faltase el color mas vivo y la espresion mas natural á aquel reinado.

La ausencia de Mad. de Grignan no separó á la de Sévigné de su hija sino á la vista, pues jamás estuvo mas presente á su memoria y su corazón. Los intereses de Mr. de Grignan y su esposa, que constituían ya su único pensamiento, la hicieron mas ambiciosa que la había hecho la naturaleza, fijó su atención en cuanto podía servir ó perjudicar en la corte á la fortuna de su yerno; se hizo el embajador perpétuo del nuevo gobernador de Provenza cerca de los hombres de quienes dependían aquella fortuna y aquella consideración, en tanto que escribía admirables consejos políticos á Mr. de Grignan para enseñarle el modo de contemplar á los partidos, los intereses y las vanidades en Aix y Marsella; concurría mas que nunca á las sociedades influyentes de París para hacer valer sus servicios; cultivaba con asiduidad todas las amistades de la juventud para convertirlas en provecho de su hija. Hasta entonces había gozado con negligencia el placer de ser amada; ahora aspiraba voluntariamente á agradar. Sus gracias, sus complacencias, no eran ya casaa-

lidades, sino medios; su belleza siempre jóven, su conversacion siempre solicitada, su talento mas admirable, y su carácter mas dulce y cariñoso, habían llegado á ser la diplomacia de las dos familias. Nada despreciaba ya de cuanto podía hacer su nombre agradable al rey y á los favoritos. Su hijo, vuelto de la desgraciada campaña de Candia, necesitaba de favor para ascender en el ejército. Esta es tambien la época, en que comenzando la corte á adoptar la devocion española transmitida con la sangre de Felipe II por Ana de Austria á su hijo, sigue sin saberlo Mad. de Sévigné la corriente de ideas que conduce á la vez al cielo y al favor real; su vida adquiere el hábito, sus cartas toman el acento y sus pensamientos contraen bajo su ligereza superficial cierta unción de piedad fácil. Se puede creer que el dolor de vivir lejos del objeto único de su pasión la inclina tambien mas naturalmente hácia la fuente de los consuelos sobrenaturales. Es preciso sin embargo consignar para gloria suya que esta devocion, hecha en aquella época costumbre de corte, no fué en ella jamás rastro de adulacion al partido dominante en el consejo de la conciencia del rey, pues continuó secretamente fiel á sus primeras amistades y á sus constantes veneraciones por los Arnauld, los rigoristas y los independientes del catolicismo; sus gemidos y ternuras por los solitarios perseguidos de *Port-Royal* brotan en sus cartas con un acento de santa oposicion que absuelve de servilismo su devocion. Leia mucho los *Ensayos de Nicole*, y persuadida grandemente este filósofo estóico que predicaba el desprecio á las cosas humanas.

«Yo sigo la *moral* de Nicole, que me parece deliciosa; todavia no me ha dado ninguna leccion contra la lluvia, pero la espero; por que en ella lo encuentro todo, y la conformidad á la voluntad de Dios podría bastarme, sino quisiera un remedio específico. En fin hallo este libro admirable; nadie ha escrito todavia como esos señores; pues yo incluyo tambien á Pascal en todo lo que es bello. Nos gusta tanto oír hablar de nosotros y de nuestros sentimientos, que aunque sea para mal, quedamos encantados. Yo he perdonado hasta la hinchazon del corazón en gracia de los demas, y sostengo que no hay otra palabra para explicar la vanidad y el orgullo, que son propiamente viento: buscad otra palabra; acabaré esta lectura con placer.»

«Leo á Mr. Nicole con un gozo que me arrebató; sobre todo estoy encantada del tercer tratado, de los medios de conservar la paz con los hombres; te ruego que lo leas con atención y verás como en él se encuentran todos, filósofos, jansenistas, molinistas, en fin el mundo entero; lo que se llama buscar en el fondo del corazón con una linterna, esto es lo que él hace; nos descubre lo que sentimos todos los días, y no tenemos el talento

de deslindar, ó la sinceridad de confesar; en una palabra, jamás he visto escribir como esos señores.»

«Ya sabes que soy algo terca con mis lecturas. Las personas á quienes hablo tienen interés en que lea buenos libros. El de que se trata ahora es la *Moral de Nicole*; hay un tratado sobre los medios de conservar la paz entre los hombres que me encanta. Yo no he visto nunca nada mas útil y lleno de talento y de luces; si no lo has leído, haz por leerlo, no una, sino varias veces, con atención; creo que todo el mundo se encuentra en él; en cuanto á mi estoy persuadida de que se ha hecho á medida de mi deseo y de mi intencion; espero tambien aprovecharme de él, y para ello haré todos los esfuerzos que pueda. Ya sabes que no puedo sufrir que los viejos digan: Soy demasiado viejo para corregirme; mas bien perdonaria á los jóvenes que digesen: Soy demasiado jóven. La juventud es tan amable que seria preciso adorarla, si el alma y el espíritu fuesen tan perfectos como el cuerpo; pero cuando ya no somos jóvenes, necesitamos perfeccionarnos y tratar de demerzarnos con las buenas cualidades de lo que perdemos en punto á agrado. Hace mucho tiempo que he meditado sobre esto, y por esta razon quiero trabajar todos los dias por mi espíritu, por mi alma, por mi corazón, y por mis sentimientos. He aquí de lo que estoy llena, y con lo que lleno esta carta, á falta de otros asuntos.»

«Hé aquí las vueltas que da mi imaginacion á cada instante; siempre me parece que todo lo que amo, y es bueno para mí, se me va á escapar, y esto da tales angustias á mi corazón, que si fuesen continuas, como son vivas, no podria resistirlas; sobre esto es necesario hacer actos de resignacion á la orden y á la voluntad de Dios. ¿Y aun en esto mismo no es admirable Mr. Nicole? Confieso que estoy encantada, pues no he visto nada igual. Verdad es que es una perfeccion algo superior á la humanidad esa indiferencia que quiere de nosotros para la estimacion ó desaprobacion del mundo; yo soy menos capaz que nadie de comprenderla; pero aunque en la ejecucion se encuentre uno débil, es sin embargo un placer meditar con él y reflexionar sobre la vanidad, la alegría ó la tristeza que recibimos de semejante humo, y á fuerza de hallar un razonamiento verdadero no seria imposible que nos sirviéramos de él en ciertas ocasiones. En una palabra, es siempre un tesoro tener tan buen espejo de las debilidades de nuestro corazón. Mr. Andilly está tan contento como nosotros de ese hermoso libro.»

«Bien puede suceder que el libro de Mr. Nicole no haga en mí tan buenos efectos como en Mr. de Grignan; tengo vinculos por todos lados; pero sobre todo tengo un no sé qué en

la médula de mis huesos; ¿y qué hará en esto Mr. Nicole? Dios mio, yo sé admirarle; pero estoy lejos de poseer esa dichosa indiferencia que quiere inspirarnos.»

XIX.

Acusábase á su propia hija de sentir la elevacion de aquella moral sin tener la fuerza de privar á su corazón del afecto que lo llenaba. «¡Ay! mis palabras son muy buenas, yo las coloco como los que hablan bien; pero la ternura de mis sentimientos me mata; por ejemplo no he sido engañada por los dolores de la separacion; los he imaginado como los esperimento. He comprendido siempre que nada llenaria el vacío que has dejado; que tu recuerdo seria siempre sensible á mi corazón, que me fastidiaria con tu ausencia, y que día y noche estaria ocupada en tí; si, todo esto me sucede como lo habia presentido, hay muchos sitios donde no tengo fuerzas para apoyarme; todo mi pensamiento pasa por encima de esto como sobre ascuas segun decias, y veo que es demasiado cierto para mí el proverbio de que *la ropa debe ser segun el frio*; yo no tengo ropa para este frio.»

Madama de Sévigné iba á buscar sus consuelos á los templos y sus recuerdos á Livry. «Hija mia, escribió algunos dias despues, hace tres horas que salí de París con el abate (de Coulanges), Elena (su camarera), Heberto (su ayuda de cámara) y Marisa (su perra), con la intencion de retirarme del mundo y del ruido hasta el jueves por la noche. Pretendo estar en una soledad y hago de ella una *Trampa*; quiero orar á Dios, hacer mil reflexiones; he resuelto ayunar mucho por mil motivos; andar por todo el tiempo que he estado encerrada en mi cuarto y sobre todo fastidiarme por el amor de Dios; pero lo que yo haré mucho, mejor que todo eso, es pensar en tí, hija mia; no he cesado de hacerlo desde que he llegado, y no pudiendo continuar todos mis sentimientos, me he puesto á escribirte al fin de esta alameda sombría que tanto te gusta, sentada sobre este banco de musgo donde te he visto algunas veces acostada. Pero Dios mio! ¿cómo no te he visto aquí? y ¿de qué manera me atraviesan todos estos pensamientos el corazón! No hay sitio, no hay parage, ni en la casa, ni en la iglesia, ni en el país, ni en el jardín, donde no te haya visto.... Te veo todavia, estás presente para mí, pienso y vuelvo á pensar en tí; pero por mas vueltas que doy, por mas que busco á esa querida hija, á quien amo con tanta pasión, está á doscientas leguas de mí, y á esta consideracion lloro, sin poderlo remediar. Niña mia, conozco que esto es una debilidad, pero no acierto á ser fuerte con-